

XX

Moral del último—esperemos que aun sea el último—crimen. Los periódicos se recriminan unos á otros por sus indiscreciones y juicios temerarios; naturalmente, los más clamorosos en lamentarlas son los que siempre están más dispuestos á recoger cualquier especie del arroyo.

Una vez más salen á relucir las deficiencias de nuestras leyes procesales, en cuanto se refiere á supuestas culpabilidades y prisión preventiva. Y una vez más, nadie será osado á poner remedio. Lo de considerar á todo sospechoso como criminal es antiguo achaque de la Señora Justicia. Y aun peor al sospechoso que al verdadero criminal, que á éste, en fin, cuando ya está convicto y confeso, siempre se le agradece el descanso de tanta molestia como ocasionó su captura, y al otro, en cambio, á cada negativa se le pone peor gesto y se le considera como criminal más empedernido.

Y es de notar, también, el mayor respeto que

inspira todo delincuente cuanto mayor sea la fechoría cometida. Así, tal vez el raterillo primerizo no escape de una buena solfa, como primera diligencia; pero á un feroz asesino nunca le faltará un admirador que le obsequie con un succulento «beefsteak», para que reponga sus fuerzas, después de una declaración emocionante.

El buen burgués, por su parte, también moraliza á cada crimen de estos sensacionales; habla de la corrupción de costumbres, se promete mayor cuidado en la selección de sus relaciones y más severidad con el pariente derrotado, que de vez en cuando suele pedirle dos pesetas:—Cuando venga el señorito Fulano, dicen á la criada, dígale usted que no estamos en casa, y no abra usted la puerta.

Las criadas ven á un posible asesino en toda persona regularmente trajeada; no se arriesgan á franquear la puerta sin minuciosa inspección por el ventanillo, y en resumen, las casas estarán mejor guardadas por unos días y los parientes pobres se morirán de hambre más pronto. Y esta es toda la moral de estos crímenes, en que todo el mundo sólo atiende á los hechos, los hechos brutales, unánimemente reprobados

por los buenos burgueses, á la hora de la digestión, ligeramente entorpecida por algo así, entre indignación y miedo.

\* \* \*

Los congresistas de la Paz, los creyentes en la eficacia de los tribunales arbitrales, para dirimir pacíficamente toda cuestión internacional, estarán encantados con el feliz éxito del arbitraje argentino, entre el Perú y Bolivia. Ambas modernas y civilizadas repúblicas, acudieron muy humildemente y bien dispuestas á respetar el fallo del presidente de la República Argentina. ¡Para que vea el viejo mundo europeo cómo arreglamos estos asuntos los del nuevo! Pero, apenas se enteraron los de Bolivia de que el fallo no les era todo lo favorable que ellos apetecían, ¡adiós mi árbitro y adiós mis procedimientos modernos!

No es el primer caso en las repúblicas americanas, y en alguno de estos enojosos arbitrajes anduvo la vieja madre España de por medio y como ahora, la república que se creyó perjudicada puso el grito en el cielo. Por donde, si el árbitro toma su divino papel en serio, en vez

de un disgusto y de una guerra, pueden resultar dos guerras y muchos disgustos.

Pasarán muchos años hasta que el cañón deje de ser el gran pacificador y el supremo árbitro. Para ello será preciso ante todo que las naciones no se preocupen tanto de añadir unas leguas de tierra á su territorio; como si la nación más floreciente no tuviera ya bastantes incultas y despobladas.

\* \* \*

Muy moderno también, muy europeo, muy culto y muy lindo, el bando de nuestro señor alcalde; enderezado, con la mejor intención, á proteger á los animales. Muy bien está el bando, que los animales deben agradecer tanto como debiera ofendernos á las personas. Porque, ¿quién duda que si bien está el bando, mucho mejor estaría que no hubiera habido necesidad de dictarlo? Por eso mismo creo muy poco en su eficacia. ¿Buenos sentimientos por ordeno y mando? A otra puerta. Fué siempre la nuestra de las más cerradas á toda blandura con los animales. Y cuanto más cerca el hombre de la Naturaleza, cuando más parece que debiera sentir la simpatía por sus compañeros de trabajo, más

duro se muestra con ellos. Parece que ya no debiera tratarse de compasión sino de interés propio. ¡Pues hay que ver cómo trata el labriego á su yunta y el carretero á sus mulas y el traficante á su infeliz borrico! Pero, lo que ellos dirán en su disculpa: ¿Estamos nosotros mejor tratados? ¿Cuándo la misma Naturaleza, con sus rigores, siempre en contra del logro de nuestro trabajo; cuando los demás hombres son tan crueles con nosotros, vamos á ser nosotros más piadosos con los animales?

Para la pobre gente, esto del amor á los animales, es un lujo de afectividad imposible para ella, como todo lujo. Para la gente rica suele ser una dulce forma de misantropía. Se ama á los animales... porque los animales no suelen ser ingratos, porque no dan malas contestaciones, porque los manejamos mejor que á los hombres y los tenemos más sujetos á nuestra voluntad. No hay que fiar mucho en la bondad de estos ricos que aman demasiado á los animales.

Amarlos en justa proporción, tratarlos, no tan mal como á los criados ni mejor que á tantos niños desvalidos, sería lo justo, lo natural, lo que debiera hacer innecesario ese bando, en todo país digno de llamarse cristiano y ci-

vilizado. Pero... con la excepción de San Francisco de Asís, nuestra religión no fué nunca muy dulce con los animales. Recuérdese cómo en la Biblia, casi siempre les toca á ellos pagar el pato en los sacrificios. Isaac se salva; pero en su lugar se sacrifica á un pobre corde-rillo. En el mismo Evangelio, de más suave doctrina, Jesús lanza á la legión de demonios, expulsada de un poseído, sobre una piara de cerdos, que corre á arrojarse al mar, alocada por los malos espíritus. ¡Pobres cochinos! ¿Qué culpa tenían ellos?

El origen superior atribuído al hombre por nuestra católica doctrina, limita el sentimiento de fraternidad universal entre el hombre y los demás seres de la creación. No hay en la religión cristiana ninguna plegaria tan hermosa como aquella del Budha: ¡Dios mío, librad del dolor á cuanto existe!



## XXI

No podemos quejarnos del actual verano; él ha sido tardío en calor y en sucesos, pero bien quiere desquitarse en pocos días, y el calor aprieta y los sucesos se precipitan, sin tiempo apenas para solicitar la atención ni el par de días que se concede de comentarios á la actualidad más pasajera. ¿Dónde está ya la romántica boda del infante? ¿Dónde está ya la muerte de Don Carlos? Cualquiera de estas actualidades hubiera bastado en otro verano para abastecer periódicos y tertulias. Pero baza mayor quita menor, y nuestra baza, la que nos hemos creído en el caso de meter en los asuntos de Marruecos, es de tal importancia, que ella sola se impone á nuestra consideración, con todos sus prestigios seculares. Porque desde los tiempos de D. Rodrigo y la Cava, ¿cuándo ha dejado de ser actualidad para los españoles alguna cuestión africana? Dividida España en regiones, guerreando unas con otras muchas veces, sólo al combatir contra

el agareno y en ponerse á su avance solían estar de acuerdo las más enemigas; y ahora que somos, ó parecemos, una nación unida, no hay dos... no digamos regiones, personas que parezcan animadas del mismo espíritu, y mientras unos gritan: ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra! como en los mejores tiempos del romancero y de nuestras comedias de moros y cristianos, otros claman por la paz á todo trance, y no diremos á toda costa, porque la paz es mucho más barata.

Difícil es decidirse por unos ó por otros. Los que piensan más razonablemente... no saben qué pensar en este caso. Ni vale refugiarse en las serenas regiones idealistas porque... el ideal está en todo, en la paz y en la guerra; en la evangélica resignación á perderlo todo y en la fuerte voluntad de ganar algo... Lo peor, lo más triste para los pueblos como para las personas, es la indecisión... Fluctuar, como Hamlet, resistirse á ser instrumentos conscientes del destino, para que, al fin, el destino se imponga brutalmente, inexorablemente, á nuestra indecisión.

Fortimbrás, inventando pretextos pequeños para grandes acciones, es de mejor ejemplo que Hamlet, quien, con grandes motivos, no supo decidirse á la acción nunca.

Por fortuna para los pueblos y para los gobiernos, en estos casos de incertidumbres, de desalientos, de indecisión nacional, están banderas, trompetas y tambores; está el marchar de las tropas juveniles, y... á su paso todo se olvida, es uno el sentimiento y una la aspiración. El mismo Pablo Iglesias daría un ¡Viva! Y decir vivir, es decir pelear.

\* \* \*

El papel de rey destronado es siempre algo ridículo. El de rey aspirante, idealizado con aureolas de esperanzas que nunca nubló la realidad, es, en cambio, de tan romántica poesía, que una regular presencia y una regular discreción bastan á sostenerle con decoro. Y así supo sostenerle Don Carlos, muy á gusto de todos. En España muchos le amaban, y... á pesar de todo, nadie le odiaba. Supo salvar la majestad de su figura, del vencimiento y de la difamación. No fué nunca ridículo, cosa que no consiguen siempre muchos reyes reinantes. Dicen que amaba mucho á España. Era más de agradecer ese cariño, por lo mismo que había de expresarlo con acento extranjero.

\* \* \*

«Azorín» ha aprovechado la ocasión de haberse publicado en el periódico en que él dogmatiza, ó mejor dicho, «esceptiza» á lo Montaigne, la fantástica noticia de mi viaje á Buenos Aires, á servir unas conferencias á cien mil pesetas... ¡Cincuenta mil más que Anatole France! Muchas gracias por la tasación, querido compañero, para significar su displicencia por estas idas y venidas, al mismo tiempo su desprecio por las glorias populares. . ¡Ah! ¡La popularidad!...

Claro es que yo no puedo darme por aludido. Yo estuve ya en Buenos Aires, y no fuí en clase de popular, ni me recibieron con músicas, ni pronuncié discursos, ni nos volvimos nadie loco, ni ellos conmigo, ni yo con ellos. Fuí... por viajar, por ver; sin darle más importancia que á otro viaje cualquiera. Ni me creí en el caso de publicar, á mi regreso, «Impresiones», «Mi viaje á la Argentina», ó cualquier otro libro por el estilo, porque no creo que un mes ni dos sean lo bastante para conocer nada, ni perorar del porvenir de la Argentina, de su intelectualidad, industria, etc... Lo que ví, para mí lo guardo, y lo que aprendiera... ya irá saliendo. Conste solamente que yo no fuí allá en clase de

conferenciante. Sin que esto quiera decir que si alguna vez se me propusiera, y sobre materias de que pudiera tratar, como arte dramático, presentación de obras, etc., no aceptara muy gustoso, sin creer por eso que iba á estrechar lazos, á reconquistar América, ni otras fantasías castelaranas.

En lo modesto de mi representación, si procuré, mientras allí estuve, considerarme como, según un escritor francés, debe considerarse todo el que viaja por país extranjero, representante de mi propio país, y en toda ocasión procuré cumplir mi deber de viajero.

Sabiendo muy bien que ni en sus correspondencias ni en sus conversaciones, muchos me tratan del mismo modo, hablé bien de todos los escritores españoles de quien me pidieron noticias. Por cierto que nadie me preguntó por «Azorín», y esto debe servirle de satisfacción, dado su desprecio por la popularidad.

Y este era el punto á discutir. «Azorín» sostiene que el mérito de todo escritor está en razón inversa del número de sus admiradores. Un gran escritor debe ser letra cerrada para el vulgo. Quisiera yo saber cuándo lo fueron Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, etc. Si

no es que por vulgo entendemos al que ni de letras sabe. Entiéndase que hablo del vulgo literario.

Y éste, en verdad, es muy reducido, aun para esos grandes hombres. ¡Pero decir que en su tiempo ninguno fué estimado! Algunos, quizás, más justamente y en su punto que lo habrán sido despues; al través de estudios críticos que los desfiguran.

Ya sé yo que hay ejemplos para todo. Wagner, Bizet, Ibsen... Pero nunca fué el público el que los rechazó; si así hubiera sido en absoluto, toda reparación hubiera sido imposible. ¿Quién iba á resucitar obras de quien nadie se acordaba? No el público, la crítica, siempre más conservadora que revolucionaria, fué la que ridiculizó, combatió y retrasó el triunfo de muchos artistas. ¿El público? Sí... extraña, no comprende tal vez del todo... pero algo queda, y, como dice Bernardo Shaw: «El que ha visto una vez un drama de Ibsen, acaso se aburrió durante su representación, acaso dice: «Esto no es teatro; pero, á pesar de ello, sigue pensando en él, y... acaso no le gusten los dramas de Ibsen; pero lo cierto es que no vuelven á gustarle los de Sardou.»

No, no hay que maldecir del público y de las glorias populares. «Azorín» es demasiado modesto. Acaso cree que él no puede ser popular. Pues qué, ¿cree usted que si sólo le leyeran á usted en la tertulia de D. Antonio Maura, iba usted á ser tan apreciado y tan conocido? Y si ya cree usted que le lee toda la mayoría... ¡ahí es nada! Contar con una mayoría. No cuenta con más el Sr. Maura, y nos gobierna á todos.



## XXII

Es para que reflexionen los partidarios de la paz á todo trance; hasta para pedir paz hay que armar guerra, y en verdad, sería muy triste que para convencernos unos á otros de que no debemos pelear con el moro, diéramos en pelearnos dentro de casa, sin que por eso el moro dejara de pelear con nosotros.

Lo de cuando uno no quiere dos no riñen, no siempre es cierto entre particulares; pero, en fin, siempre le queda al más prudente el recurso de acudir á la policía ó á los jueces, si se ve atropellado y no quiere responder al atropello en la misma forma brutal. Por desgracia, para las agresiones colectivas no hay otra apelación que la fuerza, y eso es lo que no han comprendido muchos en esta ocasión. ¡No queremos guerra, no queremos guerra! Nadie la quiere; pero... ¿Vamos á llamar á la pareja de la esquina ó vamos á querellarnos al juez de guardia? ¡Y que son de confianza los mirones que nos

rodean para irles con el cuento de que no queremos belenes! ¡Ah! ¿No quieren ustedes guerra?, nos dirán. Pues ya están ustedes demás aquí... Y ¿qué dirán entonces los pacíficos? Habría aquello de: ¡Gran vergüenza! ¡Estamos vendidos! ¡Lo último que nos quedaba!...

Lo que hay es que no se saca á los niños de casa, haciéndoles creer que se les lleva de paseo, para meterlos en el colegio. Y no se lleva á un pueblo á la guerra, haciéndole creer que no se trata de semejante cosa. El funesto sistema de tratar al pueblo como á eterno niño, suele traer malas consecuencias. «Honesty is the best policy», dicen los ingleses. La verdad es la mayor habilidad en política. ¿Cuándo acabarán de comprenderlo así nuestros gobernantes? ¡Gran lástima, cuando les ha tocado gobernar un pueblo con tesoros inagotables de heroísmo y de resignación!

\* \* \*

No es por amor propio el insistir. Pero, contra todas las razones, textos y ejemplos aportados por Azorín, sigo creyendo: que la popularidad no está nunca en razón inversa del

mérito; que han sido pocos los talentos mal apreciados en su tiempo, y si alguno lo fué, tal vez tuvieron más parte en ello motivos de presencia, carácter antipático del artista, vida desordenada, etc.

Shakespeare fué apreciado en su tiempo y no sólo logró glorioso nombre sino muy buen dinero, que le permitió retirarse á su lugar, «après fortune faite», como un buen comerciante. La obra de Cervantes, ni en cantidad ni en género, era para enriquecer á su autor, pero de su relativa popularidad — la popularidad es siempre relativa, — en vida misma del autor, ¿no existen numerosos testimonios? Azorín cita el ejemplo del Greco. No sería tan menospreciado en su tiempo, cuando nunca le faltaron encargos, que no le pagarían tan mal, cuando dejó fama de hombre caprichoso y dado á lujosas fantasías.

¿Qué más? Yo creí halagar á mi contradictor en sus convicciones, diciéndole que nadie me había preguntado por él en Buenos Aires, y él me contesta que es allí muy conocido. Ya ve Azorín cómo se puede tener talento y ser apreciado.

Y de mí, ¿qué voy á decirle? Soy el mismo

que en el año 97; hasta mis concesiones al sentimentalismo burgués, pudiera demostrar con textos que no son de ahora... Y ¿por qué no? Tiene uno toda la obra para decir lo que siente y lo que piensa; después, en el desenlace, puesto que la vida no desenlaza nada, ¿por qué no complacer al público? Pero si éste, con concesiones ó sin ellas, no hubiera estado de mi parte desde mis comienzos como autor dramático, ¿hubiera yo podido continuar estrenando? El público fué mi verdadero apoyo contra la crítica, casi unánime en afirmar que aquello no era teatro. ¡Cuántas obras, con asombro de empresarios y actores, cuando parecían enterradas por la crítica revivían por el público! Créalo Azorín, no es el público, que pudiéramos llamar vulgar, es el literario el que más resistencia opone á toda novedad y á todo mérito. Son los intereses creados los que protestan siempre. El mismo Azorín declara que no hay novedad absoluta en ninguna forma, ni expresión de arte, que todo existía antes en el ambiente. Si es así, si el ambiente es anterior á la obra, ¿cómo no ha de caer bien la obra, que el público no puede por menos de conocer por suya? Azorín sabe bien que los grandes artistas son

quizás los menos originales; su obra es de todos; alma de muchas almas.

Yo me explico perfectamente la convicción de Azorín. Alguna vez, comparando en justicia méritos con glorias, habrá pensado que el ruido de su nombre es menor que el de algún autor dramático, por ejemplo. Esto ya es cuestión del género cultivado, no del mérito de los escritores. Créalo Azorín; en vida y en muerte, al cabo del año todos estamos en el sitio en que debemos estar; el vulgo no es tan vulgo como creemos.

En fin, el mejor ejemplo, ¿no es el mismo Azorín? Según él, pocos debieran apreciarle, supuesto que la popularidad está en razón inversa del talento. Yo sé, aparte la broma de Buenos Aires, que son muchos los que le admiran como se merece. Acaso él juzgue equivocadamente del público, como tal vez juzga de mí: ¡Ese Benavente!—dirá,—siempre me lleva la contraria; se ve que me quiere mal... Azorín dirá si prefiere mi «malquerencia», que le lee siempre con atención y toma muy en cuenta sus opiniones y juicios, á la buena amistad de los que le felicitan sin discutirle por cada artículo... sin haberlo leído.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Fondo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

XXIII.

En la, más que intrincada, pintoresca selva de nuestra política, hay más murmullos que en la de Sigfredo, cuando nada sucede ó cuando ha sucedido ya todo, en cambio, cuando sucede algo, reina el silencio más absoluto; que, á pesar de lo absoluto, es el rey más constitucional, por lo irresponsable.

Apenas suenan cuatro tiros, material ó moralmente, ya se sabe, silencio sepulcral en la selva; sus más canoras aves enmudecen y antes que en los valores públicos, con ser de suyo apocados, hay una baja sensible de elocuencia en nuestros más notorios y fluidos oradores. ¡Valientes pájaros! ¡Y estos son los que miran de sobrehombro á la gente de pluma, de otra pluma!

El escritor, aun sin estar amparado, en muchos casos, por la inmunidad parlamentaria, arrostra el peligro de la suspensión de garantías y se atreve á opinar, en las circunstancias más

difíciles, comprometiendo tal vez su popularidad. ¡Pero los otros, á casita, que llueve! Y tenemos aquello de: Callaremos hasta que llegue el día de exigir responsabilidades... ¿Exigir responsabilidades? No lo dirán ustedes de veras. Si ese día llegara, ¿quién escaparía de ser ahorcado?, como le decía Hamlet á Polonio, aconsejándole tratara á los comediantes mejor de lo que se merecían.

También justifica muy bien el mutismo aquello de: Es preciso prescindir de toda idea política mientras se hallan comprometidos más altos intereses... ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde estarán los más altos intereses? Y ¿qué ideas políticas serán esas que estorban precisamente cuando de altos intereses se trata?

En los sucesos de Barcelona, por ejemplo, todos, como en Cristo, pusieron sus manos. ¿Quién no ha dejado caer su gota de agua ó su salivita para contribuir en algo á la disolución y desmoronamiento de lo que debiera ser más firme que roca viva, la idea de la patria? Y ahora... todos son á lavarse sus manos...

No, no ha sido el anarquismo; ha sido el san chopancismo burgués, el bien sesudo, que de un caso particular quiere deducir una regla de

conducta para toda la vida. El mismo que dice cuando sucede un descarrilamiento: No se puede viajar en ferrocarril; el mismo que al ser una vez engañado, proclama: No puede uno fiarse de nadie. Ese buen sentido de gato escaldado, era el que había decidido para siempre no volver á meterse en aventuras. ¡Qué rica paz!—¡No queremos guerra, no queremos guerra! Pero al ver cómo cuatro locos —los locos, como los héroes, el éxito los diferencia, son los que van siempre en línea recta del pensamiento á la acción,—les armaban la guerra en su misma casa, volvieron los ojos acongojados á todo lo que ellos habían tratado de desprestigiar: poder del Estado, fuerza... Y los cuatro locos pagaron por todos, y los muchos cuerdos dicen ahora:—¡Caramba! ¡Si fuera á hacerse todo lo que se piensa, no se podría vivir en el mundo.

\* \* \*

El dolor es el gran desinfectante moral. Tanto como el heroísmo de nuestros soldados, conforta el espíritu ver cómo de todas partes—¡olvidemos á los cuatro locos!—se acude y se atiende á los que pelean y á los que sucumben.

El ambiente nacional tal vez necesitaba esta sacudida para purificarse.

Ahora, yo desearía que esta vez, se acudiera á todo con severa dignidad. Nada de fiestas, nada de espectáculos benéficos. El que buena-mente quiera divertirse, ¿por qué no?—todavía no es el fin del mundo,—que no invoque el pretexto del socorro, y el que no hubiese de dar nada, sino á cambio de una localidad de teatro ó de plaza de toros, más vale que no dé nada. ¡Mezquina dádiva la que necesita mejor ocasión que la verdadera para ofrecerse!

Agradézcase á los toreros su generosidad; ofrecen su vida, pero nada de corridas patrióticas. Aparte el que suele traer «mala pata», no hay espectáculo más lastimoso. Allá, hombres que arriesgan, que pierden su vida; en la plaza, hombres también que la exponen y también pueden perderla... Y una multitud que se divierte con todo esto y cree estar haciendo por la patria con aplaudir á una hembra que se adorna con los colores nacionales ó rugir de entusiasmo por un brindis torero: ¡porque el toro fuera uno de esos rifeños!... Es cuestión de seriedad, de buen gusto. Guardemos las fiestas para el día—¡quíralo Dios cercano!—de verdadera fiesta.

Pongamos dignidad en nuestra dádiva. Dé cada uno lo que pueda, sin más estímulo. Crispa los nervios, después de leer hazañas y trabajos de nuestros soldados, tropezar más abajo con la relación de una «kermesse» en Pantanillo ó en Lagunilla, organizada por la colonia veraniega y las señoritas más distinguidas de la localidad. Tiempo habrá para todo, hasta para ser cursis.



## XXIV

La opinión general, tan rehacia á toda empresa guerrera en un principio, se halla al fin poseída de tan belicoso entusiasmo, que sería defraudarla no terminar, por lo menos, con la conquista del imperio de Marruecos. Con menos entusiasmo, pero más constancia, años ha que esa conquista debiera haberse llevado á cabo lo más pacíficamente del mundo. Pero ¡ay! el dinero de nuestros capitalistas no es tan valiente como nuestros soldados, y cuesta más encontrar hombres de voluntad que de corazón.

Hemos convenido en que á ciertos pueblos sólo es posible civilizarlos á cañonazos. Sin duda es el medio más cómodo, aunque no sea el más eficaz. Yo creo que no hay pueblo tan salvaje en el mundo que se resista á las ventajas de la civilización, cuando los civilizadores le permiten disfrutar de esas ventajas. A lo que se resiste todo el mundo no es á que la civilización se le entre por las puertas, sino á que le pase por en-

cima. Civilización automóvil; atropella con todos los adelantos modernos, pero, ¡mal consuelo para el atropellado!

Nada de esto es pretender quitar hierro. Aunque otra cosa afirme Metternich, en su admirable libro «La prudencia y el destino», no hay prudencia, suficiencia ó sabiduría, como quiera traducirse, «sagesse», capaz de oponerse al destino de los pueblos ó de las personas. Y mucho menos cuando el destino tiene ya la palabra. En aquellos días de la Conferencia de Algeciras, gloria de nuestra diplomacia... Entonces, sí; entonces acaso hubiera podido escucharse la voz del prudente. Una nación poderosa, rival de otra no menos fuerte, sólo procuraba aislar á su enemiga y halagando á otras dos naciones, rivales á su vez en intereses, procuró conciliarlas por eso mismo. ¡Como si dos intereses iguales pudieran conciliarse nunca! No era preciso ser un Maquiavelo ni un Metternich para pensar que entre una nación interesada en dominar por completo á Marruecos y otra interesada en oponerse á esa dominación, nuestro interés, aparte simpatías de raza tan mal correspondidas en ocasión, estaba en inclinarnos al lado del contrapeso.

Ahora sólo podemos desear que se enmien-

de con gloria un nuevo error de nuestros estadistas, hombres de pocos libros y de menos mundo. ¡A Dios sean dadas! Que la gloria se logre á costa de la menor cantidad de sangre posible, y que la opinión, sin desmayar en sus entusiasmos, no llegue á exaltarse tanto que sea bien recordar aquello de «El gaitero de Bujalance»: un maravedí porque empiece y dos porque acabe.

\* \* \*

Sabido es que á todos los padres les parece siempre que están muy mal educados los hijos... de los demás, y á los que no tienen hijos, ¡no se diga! Por lo que no sería mal acuerdo que cada padre se encargara de los hijos del vecino, y á su vez le confiara los propios, y los solterones ó matrimonios sin prole se hicieran cargo de los más rebeldes y empecatados. Y aplicando á todos los órdenes de la vida el sistema, acaso todo andaría mejor con este procedimiento. En España, por lo menos, es admirable cómo los que nunca dieron pie con bola en asunto propio, se echan á discurrir y disponer por los más ajenos á su profesión y conocimientos. A estas horas tenemos un Napoleón ó un

Moltke en cualquier ciudadano, antes de paz y hoy tan de guerra que no deja vivir á nadie. ¿Quién no tiene su plan estratégico? ¿Quién no ha tomado algo á estas horas? ¡Oh, país admirable en que todos entendemos de todo sin haber estudiado de nada!

Cuentan de un zapatero remendón, de cierto pueblo, que era el más severo crítico de sermones. Predicador que se presentara en la fiesta del Santo patrono ó cualquier otra solemnidad, podía darse por perdido si al zapatero no le caía en gracia. El pueblo no tenía más opinión que la emitida con inapelable autoridad por el crítico. Sucedió que un predicador, advertido de antemano, al observar durante un bien estudiado sermón, el gesto desdeñoso del zapatero y en consecuencia el de todos los oyentes, se apresuró, apenas bajó del púlpito á preguntarle los motivos de su disgusto. ¿Qué le ha parecido á usted el sermón?—¡Phs! No está mal... pero poca teología.—¿Pero, usted sabe de teología?, preguntó el predicador asombrado.—¡Andal, replicó el zapatero. ¡Pues si yo supiera de leer y escribir lo que sé de teología!

¿No es este un poco el caso de todos los españoles?

¡El Señor nos libre de los «teólogos» militares que andan desatados en estos días y no son la menor calamidad, con ser tantas las calamidades de la guerra!

\* \* \*

Dice Bernardo Shaw que los ejércitos se pasan la vida preparándose para una guerra que, ó no sucede nunca ó cuando sucede, sucede del modo contrario á como se había previsto. Bueno fuera, no obstante, á pesar de que lo imprevisto está sobre todo, alguna mayor discreción en apuntar planes y posibles acciones. Hay siempre entre los rifeños quien se entera de todo. No hay que fiarse en esa aparente indiferencia salvaje, que no es tan salvaje como parece. Yo conocí en Tánger á un moro de la última condición; acarreaba equipajes y fregaba los suelos en el hotel; pues cualquiera de nuestros ministros de Estado no está tan enterado como él de asuntos internacionales. Hablaba, aparte del árabe vulgar y el hebreo, inglés, francés, español; conocía los nombres de todos los ministros del gobierno español entonces, sabía historias muy sabrosas de muchos personajes españoles,

y hasta de los amantes de algunas damas empingorotadas, como cualquier cronista de salones. Era extraordinario, sin ser excepcional. Claro es, que el Rif no es la Cosmópolis de Tánger; pero la natural sagacidad del moro es la misma. ¡Raza inferior, raza de salvajes! Se dice muy pronto, cuando hablan el odio ó la conveniencia. Acercándose con simpatía, con verdadero amor de civilización, en todas partes hay hombres buenos y malos, pero no hay razas inferiores, no hay razas de salvajes. La bondad del corazón, la perspicacia del entendimiento florecen en todas las tierras; aun en las que solo se ha sembrado odio, con pretexto de civilizarlas.



## XXV

No tendrá queja el señor presidente de la Sociedad de Conciertos, en el mundo ministro de la Gobernacion. Su soberana batuta se impone á todos. Que «allegro vivace», pues «allegro»; que andante «maestoso» y con sordina, pues ya se percibe el aleteo de una mosca. Verdad es que su tiempo preferido es «forte che forte», y el del país sería un «largo» que no tuviera fin.

Que hoy podremos decirles á ustedes algo, pues todo el mundo á esperar noticias, con la más justificada ansiedad; que tengan ustedes un poco de paciencia; pues á esperar en calma: quizá, recordando aquellos alambicados versos, que tanto sublevaban el buen gusto de Alcestes el Misántropo de Molière: «Phyllis, on desespere alors q'on espere toujours!»

¡Ah, si en tiempos de paz y de continuo todos nos preocupáramos tanto del avance como ahora! ¡Aquí, donde por el contrario, son tantos

los que en todo quieren á cada paso hallar motivo, ocasión ó pretexto para un retroceso, y hay gente que no se hallaría á gusto con menos de «recluar» hasta la Edad Media!

¿Sucesos de Barcelona? ¡Ah! Todo es por haber fracasado la ley del terrorismo, y si se restableciera la Inquisición... nada habría que temer en lo futuro.

¡El avance! ¡Santa palabra! ¡Que ella sea siempre nuestro santo y seña!

Hoy por hoy no se oye otra cosa. Yo sé de algunos maridos que sintiéndose gubernamentales, han prohibido á su mujer hablar de esto. No hay idea de los horizontes que abren á la imaginación estas palabras, pronunciadas por labios femeninos: ¿Cuándo es el avance?

\* \* \*

Los autores dramáticos franceses están que trinan con sus colegas de Italia, porque éstos pretenden defenderse no de la invasión de obras francesas, sino de la exclusión de las propias, por las facilidades que los empresarios y directores de compañía hallan en los autores franceses y en sus traductores para pagar derechos

convencionales. Recuérdese el atracón de obras francesas con que suelen obsequiarnos las compañías italianas. ¿Preferencias artísticas? Nada de eso. Baratura y rico saldo. Es como el amor al teatro antiguo de algunos de nuestros directores artísticos... Que no hubiera facilidad de cobrar las refundiciones, muchas veces refundición de refundición, como una obra original y nuevecita, y veríamos quién se acordaba de Lope ni de Calderón.

Por cierto que en una gacetilla del periódico «Comedia», que trasciende á conferencia con alguien de casa, se asegura que también algunos empresarios españoles piensan prescindir de las traducciones, á pesar de que cuentan con pocas obras originales, para evitar el disgusto de los autores, aunque algunos, refractarios á las traducciones, no lo sean tanto á los plagios. Es posible. Eso de los plagios puede probarse siempre. Y de los plagios de los actores, ¿no se dice nada? Porque hay eminencias que no viven de otra cosa. ¡Si Sarah y la Duse y la Réjane, Le Bargy ó Guitry cobraran derechos de traducción y reproducción!

\* \* \*

El teatro de los Niños es una de tantas ilusiones más; pero nada de monopolizar ideas; no es mía solo: son muchos los autores dispuestos á realizarla. Uno de ellos, el simpático López Marín, se propuso nada menos que edificar un teatro de nueva planta, para este especial objeto. Echóse á buscar capitalistas con el mayor optimismo. No le acompañó en él, no tratándose de consagrar como primera tiple á una corista distinguida por algún ricacho de aluvión ó de abrir una nueva tablajería escénica de carnes averiadas, bases de los más sólidos negocios teatrales. Ignoro el resultado de sus gestiones. Pero, en fin, con dinero ó sin él, con nuevo teatro ó en cualquiera de los muchos existentes, el Teatro de los Niños empezará en la próxima temporada, modestamente, como un ensayo. Como los empresarios grandes tienen bastante en qué pensar con su gran público, preferiremos un pequeño empresario y un pequeño teatro. Fernando Porredón y el Príncipe Alfonso.

No es tan fácil como parece divertir á los niños, sin aburrir demasiado á los grandes. Los niños modernos nacen enseñados. ¡Oyen unas cosas en casa! El numeroso repertorio de obras infantiles con que cuenta el teatro inglés, no es

aprovechable. Demasiado inocente. No por lo fantástico de sus asuntos, casi siempre basados en los cuentos de hadas más populares; no soy de los que abominan de la fantasía en la educación, como el maestro de «Los tiempos difíciles» de Dickens, con su muletilla: ¡Hechos, hechos! Al contrario, es preciso huir de toda pretensión docente, y mucho más, utilitaria. Lamartine abominaba de las fábulas de Lafontaine, como obra educadora. Tenía razón; su moralidad, mejor dicho, inmoralidad practicona, desengañada, toda malicias y desconfianzas de rústico, es deplorable para el espíritu de los niños, abierto siempre á la generosidad y á la esperanza.

Contra la opinión de Lombroso, que ve en el niño á un pequeño salvaje y casi á un criminal en germen, y asegura que todo niño es egoísta, embustero y ladronzuelo, menos uno que era un encanto; uno que se le murió al doctor... ¡Oh, bancarrota de la ciencia en esta página de uno de sus libros, que contradice con lágrimas la afirmación rotunda! Yo creo que todos los niños son buenos... hasta que los padres y los educadores los hacen malos.

Cuando se oye á algunos padres decir: ¡Qué

niño este! ¡Es muy malo, muy malo!, pensad siempre: Y ustedes, ¿son ustedes buenos? Lo que hay es que el niño manifiesta sin fingimiento las malas cualidades que los padres encubren con la hipocresía que da la experiencia. Cuando ellos se lamentan de que el niño les pone en ridículo, sacando á relucir los defectos de alguna visita, ¿no será que el niño les oyó murmurar en su presencia de todos los conocidos y amigos?

Sucede muchas veces que el niño es quien no puede explicarse por qué sus padres y los mayores de la casa, hablan siempre mal de alguna visita que él no encuentra antipática por ningún estilo. Claro es, que en fuerza de oír cómo los mayores la ridiculizan y menosprecian, él acabará también por retirar su simpatía, aun sin explicarse las razones.

Cuando reprendéis á un niño porque trata con altanería á un criado, ¿estáis seguros de que no imita vuestro tono, al reprenderle cuando cayó en vuestro desagrado? Por lo regular, muchos padres sólo reprenden á sus hijos cuando les molestan á ellos, aun con juegos ó travesuras propias de niños; en cambio, son de una lenidad punible, cuando molestan á los demás,

con cosas que suelen ser aprendidas de los padres.

Entonces, dirán ustedes: más que un teatro para divertir á los niños, hacía falta uno para educar á los grandes... Sería inútil. Habría que cerrarlo. Parecería inmoral.

